

---

## Víctor H. Palacios Cruz

Profesor del Departamento de  
Humanidades de la Facultad de  
Humanidades y Ciencias de la  
Universidad de Piura.

*“Si el viento es tan gracioso es porque es un insolente.”*  
ROBERT WALSER, *Escrito a lápiz*, Microgramas I.

# Caminando con Robert Walser hacia el no-lugar de su literatura

Robert Walser, uno de los autores suizos más importantes del siglo XX, es también *el más oculto de los escritores*. Leer su poesía o su prosa devuelve el frescor y el asombro ante los dones más elementales de la existencia humana: la libertad, el amor, el paisaje, y –ocupando un lugar privilegiado– el paseo. Los avatares de su propia existencia marcan el camino de su literatura; no obstante, a pesar de que su vida estuvo signada por experiencias que, a cada paso parecían torcer su rumbo, sus escritos no destilan amargura. Ésta es, pues, una invitación a dirigirnos junto a Walser, caminante y peregrino, hacia el “no lugar” de su literatura.

Robert Walser, one of the most important Swiss writers of the 20<sup>th</sup> century, is also the *most hidden of writers*. To read his poetry or his prose is to recover the freshness and wonder of the most elemental gifts of human existence: freedom, love, the landscape and—in pride of place—going for a stroll. The ups and downs of his own existence indicate the trail of his literature; however, although his life was marked by experiences which at every step seemed to bend his course awry, no bitterness may be detected in his writings. This then, is an invitation to make our way together with Walser, wayfarer and pilgrim, towards the “no place” of his literature.

Ilustres del siglo XX como Benjamin, Kafka, Musil, Hesse y Canetti, admiran a este autor<sup>1</sup>; algunas novelas del español Vila-Matas se inspiran en su figura. Pero Robert Walser no ha dejado de ser hasta ahora un desconocido para el gran público. Escribir sobre él es como proponerse un discurso exótico y rebuscado sobre la minúscula fauna que medra bajo los casquetes polares del Ártico, o las clases de métrica de la poesía ucraniana del siglo XVII. Elías Canetti ya había advertido: Walser “es el más oculto de los escritores”, pero él “siempre está bien, siempre está encantado con todo”<sup>2</sup>.

En tiempos en que la informatización, el consumismo y la maquinización han llevado el progreso a estados de aislamiento, idiotización y ablandamiento, leer la poesía o la prosa de un escritor que denunció, con silenciosa ironía, estos desastres incipientes en la Europa de inicios del siglo XX, devuelve el frescor y el asombro ante los dones más elementales de la vida: la libertad, el amor, la belleza, el paisaje, el paseo; esos accesibles tesoros que la insomne ansiedad de éxito se empeña en postergar. Aquel que conozca las delicias de la holgazanería campestre, aquel que haya pisado la humedad de un pastizal o el lodo de una trocha, encontrará en la desnudez del desierto o el ruidoso tráfico de las ciudades, un reactivo de la añoranza de los valles y las montañas que espontáneamente asociamos a los paisajes suizos, religiosamente descritos en las páginas de Walser. Cada libro suyo distribuye aquí y allá espacios recoletos, sombreados y aireados, que permiten abolir, por medio de la imaginación, la esterilidad metálica de lo multitudinario. Por eso, consuelan tanto. Por eso son también un acto de rebeldía.

## Un difuso perfil

Cronológicamente, detrás de Walser —nacido en Biel, Suiza, en 1878— emerge, como una cima protectora, una amplia tradición de literatos suizos en lengua alemana (Federer, Bosshart, Reinhart) que abordan el mundo rural idealizado, poblado de campesinos y hombres simples todavía incontaminados por las turbaciones de la industria y las pujantes aglomeraciones urbanas<sup>3</sup>. La

<sup>1</sup> Benjamin revela: Kafka “ha aprendido no de los grandes novelistas, sino de autores mucho más modestos, de los narradores. Entre sus autores preferidos estaban el moralista Hebel y el suizo Robert Walser, de fondo tan difícil.” (*Iluminaciones I. Imaginación y sociedad*, trad. Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 2001, p. 213)

<sup>2</sup> Citado por LUNA BORGE, José, *Los microgramas de Robert Walser. Un diario cifrado*, en: revista *Clarín*, n. 65, Oviedo, 2006, p. 39.

<sup>3</sup> CAMARTIN, Iso, FRANCILLON, Roger, JAKUBEC-VODOZ, Doris, KÄSER, Rudolf, ORELLI, Giovanni y STOCKER, Beatrice, *Las cuatro literaturas de Suiza*, trad. Pedro Lahiguera, Pro Helvetia Fundación Suiza para la Cultura, Zurich, 1998, p. 35.

literatura de Walser habita un universo similar y adopta una subversión comparable.

En su vida suele predominar un peso oculto, o más bien un aliento celeste, que tuerce a cada instante su rumbo, que le impide permanecer en un trabajo, contentarse en el seno de la sociedad de la chimenea y el negocio; que lo lleva a errar sin remedio, a buscar no un oficio, o un ideal o una meta. Nada. A solamente buscar por la sola y libre alegría de hacerlo; es decir, de descubrir y de seguir. Con su primer sueldo de aprendiz en el ramo bancario, compra una biblioteca de clásicos y tienta una carrera como actor de teatro. En 1896 se traslada a Zürich, donde emprende un largo peregrinaje laboral: empieza en una compañía de seguros, pasa a las oficinas de una fábrica de máquinas de coser, ejerce de contable, hace de botones de un hotel y trabaja una temporada de criado. En cuanto reunía algo de dinero, renunciaba cortésmente y se marchaba a otro lugar, a algún refugio donde volver a escribir. En momentos de insoluble carencia acude a una Cámara de escritura para desocupados, que ofrecía trabajo de copistas a los que ya no tenían nada de qué vivir<sup>4</sup>. Sus relatos también están llenos de estas humildes experiencias, y puedo asegurar que no tienen ningún resabio de amargura. “Es algo muy hermoso no tener que vivir en la escasez material —dice serenamente—, pero el día en que deje de tener dinero tendré la posibilidad de mostrarles qué espíritu tan alegre tengo y cómo me tomo la vida por su lado bueno.”<sup>5</sup>

Trotamundos acogido, entre otras ciudades, por Basilea, Viena, Stuttgart, Munich, Berlín, Ginebra y Berna. En esta última se le conocen hasta catorce distintos domicilios. Acaso lo animan en cada ciega tentativa las cariñosas palabras de Jesucristo: “No os preocupéis por vuestra vida, por lo que comeréis” que, según Musil, “implican una actitud inconcebible frente a la vida desde nuestro punto de vista”, pues “para nosotros sólo caracterizan hoy en día al aventurero”<sup>6</sup>. Tan lejos de los instintos de asentamiento y seguridad de los tiempos que corren.

Su nomadismo respondía, por otra parte, a que lo poco que conseguía publicar no le retribuía la estabilidad de una carrera establecida y un prestigio duradero. Walser se mantuvo deliberadamente al margen de los círculos literarios y los gustos del mercado. “Los tratadistas literarios parecen profesar

<sup>4</sup> IRIARTE, Víctor, *Paseos hacia Robert Walser*, en: Revista *Nuestro Tiempo*, Pamplona, octubre 2001, p. 58.

<sup>5</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz: Microgramas I (1924-1925)*, trad. Juan de Sola Llovet y María Córdor, Siruela, Madrid, 2005, p. 253.

<sup>6</sup> WALSER, Robert, *Diarios 1*, trad. Elisa Renau P., Debolsillo, Barcelona, 2004, p. 515.

la opinión o la creencia de que la literatura creativa tiene la única y exclusiva finalidad de existir sólo para ellos”<sup>7</sup>, declaró alguna vez.

Intuyo que esta marcada distancia entre sus obras y la fortuna mundana fue separando su escritura de cualquier propósito ajeno o esperanza de compensación. Lo literario fue aposentándose en él como una vocación eximida de presiones y alejada de ambiciones estéticas. Su pluma va progresivamente desprendiéndose de las sujeciones del género para seguir, aliviada y conformada, la sola voz, el arbitrario pero genuino ritmo del espíritu, en prosas divagatorias urdidas por el ingobernable hilo de la improvisación, sin las pautas ni las prisas de un oficio organizado, o profesional en el sentido desalmado de la palabra. “Se cuenta que nunca corregía lo escrito, que rara vez despegaba el lápiz del papel —tan ininterrumpidamente avanzaba—, como si cada imagen, cada oración, tuvieran el cometido de llevar a la siguiente, y ésta a su vez a la siguiente, para perderse como la voz o las impresiones se extinguen mientras caminamos, dejando tras de sí sólo una estela de asociaciones y de estados de ánimo.”<sup>8</sup>

Cualquier despecho queda, en suma, sustituido por una aliviada sensación de libertad. Que tiene sus riesgos, por supuesto, pero que al menos pone el propio convencimiento a salvo de las angustias de la expectativa. “Hay gente que se ocupa de la literatura y esas cosas que más de una vez me ha calificado corto de mollera, pobre de espíritu, idiota, simple, etc. —dice, defendiéndose— Y hay dos grandes obras en prosa que se deben a mi pluma, *Los hermanos Tanner* y *El ayudante*. [...] No creo tener motivos para creer en la inferioridad de mis facultades mentales, pero sí tengo quizás razones para suponer que hay gente a la que le interesa difundir que tengo pocas luces. [...] la convicción de que soy hoy tan válido como antes y de que aún soy importante no me abandona nunca.”<sup>9</sup>

Insisto en la independencia con que Walser asume su fracaso, y que tiene hasta un aspecto ético que recuerda la imperturbabilidad del estoicismo de un Séneca, la despreocupación por el yo de un Montaigne y la voluntad de suprimir la servidumbre de los deseos de un Lao Tse: “No me parece recomendable preocuparse demasiado de uno mismo. El hombre probo tiene por lo menos el derecho de abandonarse un poquito. [...] Si soy dueño de mí mismo, nadie tratará de convencerme de nada; sobre todo, nadie tratará de

<sup>7</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz, Microgramas II (1926-1927)*, trad. Rosa Pilar Blanco, Siruela, Madrid, 2006, pp. 106-107.

<sup>8</sup> AMARA, Luigi, *Robert Walser o la escritura como paseo*, In *Letras Libres*, n. 93, México, septiembre de 2006, p. 73.

<sup>9</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz, Microgramas I*, pp. 254-255.

hacerme creer que no tengo nada, pues si me tengo a mí es mucho lo que tengo. Si puedo contar conmigo, me puedo contentar con lo que tengo. Si sé más o menos cuánto valgo, conozco el valor aproximado de los otros y no tengo la necesidad de compararme con ellos. [...] Hermoso el que no echa nada en falta, el que encuentra razones para estar alegre sin esfuerzo, molestia o necesidad. La superioridad no exige sino que uno reflexione lo menos posible sobre qué es preciso para ser superior. Si no deseas ser superior, se cumplirá el deseo que no tienes. Los deseos son indignos. Nos equivocamos al tener aspecto menesteroso. Los deseos esclavizan, y la falta de deseo es muy buena consejera.”<sup>10</sup>. En resumidas cuentas, la derrota termina actuando como una absolución, como una liberación de las intranquilidades del futuro. Cualquier posesión, incluso la de una celebridad, deviene carga que entorpece las veleidades del andar.

Parte de esta justificación de su a-mundanía es un alegato, un poco extenso, que recuerda bastante al Nietzsche de la *Segunda intempestiva* (*Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*), en su rechazo a las convenciones establecidas y al despotismo de un pasado glorificado que termina sofocando el presente con el peso de su autoridad indiscutible. Vale la pena reproducirlo entero: “no es absolutamente necesario ni deseable parecerse a otro escritor, comportarse como un autor ya existente, sino que lo más sensato, lo más urgente, es ser tranquilamente uno mismo. Nuestra época, apresurada y febril, mira demasiado al pasado, [...] ¿No estaremos despreciándonos a nosotros mismos? ¿Por qué no tenemos el valor de creer en los tiempos que vivimos? Todo eso que, llenos de admiración, exhumamos de conquistas pasadas, todo eso me da a mí que nos perjudica. Y si nuestra época fuera más insignificante, ¿no haríamos mejor conformándonos amablemente con esta pequeñez? [...] Tenemos tendencia a calificar de loca toda actitud original. ¿No es eso un defecto sumamente alarmante? ¿Cómo van a florecer entre nosotros los intelectuales y la vida social si sentimos por nuestro talento, por nuestras fuerzas, por nuestro gusto, etc., tanta desconfianza? [...] Hay, por ejemplo, cierta clase de personas muy cultas que desdeñan su entorno a más no poder y lo anuncian con una soltura [...] Son muy diestros en el arte de procurarse un agradable confort, y luego se tumban en sus sofás y desdeñan su época y la sociedad de la que forman parte, y todo eso con un susurro de lo más distinguido, con los gestos del cansancio más íntimo y profundo. [...] para

<sup>10</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz: Microgramas I*, pp. 270-271. Recuérdese la vieja prédica de Epicuro, repetida por Séneca: “quien vive según la naturaleza nunca será pobre, como nunca será rico quien vive según las vanas opiniones”. (Cfr. *Sobre la felicidad*, trad. Carlos García Gual, Debate, Madrid, 2001, p. 75)

poder burlarse y hacer escarnio, pues toda esa malvada confusión, todo ese desdén se ha convertido para ellos en una agradable, sabia, rotunda, fina y distinguida necesidad. [...] Lo remoto les parece siempre mucho más hermoso, más valioso que lo cercano, es decir, que su entorno. No se atreven a elogiar su entorno por miedo a que los tomen por incultos. [...] para respetar lo más inmediato hace falta un alma fuerte [...] [Hablo de] esos que sólo creen en celebridades, y no en sí mismos, que consideran que algo es valioso sólo cuando este algo se encuentra, en el espacio, lo más alejado posible de ellos [...] con sus cualidades, mero polvo, no han hecho más que convertir el gran mundo que parecían constituir en el mundo más mezquino, timorato, aburrido y prosaico que quepa imaginar”<sup>11</sup>.

La autosuficiencia de su arte, cuyo reverso es una crítica al aburguesamiento culturalista de su entorno, lo fue deslizándose, sin embargo, hacia la rareza y la exclusión, en coherencia con su decidido rechazo de lo público y sus condiciones. Con lo cual, inevitablemente, su bolsillo perdía peso y su pobreza discreción. Moralmente no podía dejar de sentirse marginado, descorazonado por el desdén ajeno<sup>12</sup>. En 1908 Robert vivía en la miseria, entre sombras, desempleado y abatido por los falsos consuelos del alcohol. Para ganarse el sustento, asistió a una escuela de criados y sirvió a un conde en un palacio de la Alta Silesia. Limpiaba lámparas, pulía cucharas de plata, sacudía alfombras y servía vestido de frac. “De la experiencia en la escuela de criados surge en 1909 su novela *Jakob von Gunten*. El libro recoge las reflexiones de un joven estudiante del instituto Benjamenta; un itinerario a través de la anulación de los sueños y la ausencia de aspiraciones de un grupo de jóvenes educados para servir y para perder su propia personalidad”<sup>13</sup>.

Hacia 1919, aproximadamente, se encuentra ya “agotado, ha quemado todos sus temas, todos sus recursos y hambriento de honorarios tiene que acudir a colaboraciones menores, frívolas y desenfadadas que intentará colocar en diarios y revistas, donde irán apareciendo con una periodicidad gadianesca y muchas veces a regañadientes de los lectores que ‘amenazaban con suspender la suscripción si se continuaban publicando esas tonterías’.”<sup>14</sup> La conciencia

<sup>11</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas I*, pp. 249-253.

<sup>12</sup> Lastimosamente, a la desesperanza artística se suma la soledad sentimental, que Walser encara con conmovedora afirmación: “Si amo a una mujer, tengo que tratarla con tanto amor como insensibilidad, con tanta indefensión como astucia, para que ninguno de los dos se acomode. Qué extraño que sea tan frío. Pero todos debemos prepararnos para quedarnos solos algún día. Algo nos saca de la sociedad y nos lleva, como cogidos de una mano en la que florece el tedio, a la soledad, hasta que poco a poco salimos de ella, como refugiados que permanecerían ocultos.” (*Escrito a lápiz. Microgramas I*, p. 237.)

<sup>13</sup> IRIARTE, Víctor, *Paseos hacia...*, p. 62.

<sup>14</sup> LUNA BORGE, José, *Los microgramas de...*, p. 36.

de su mala estrella oscurece algunos pasajes de su obra, especialmente en sus últimos años de escritor, internado en un sanatorio mental antes de abandonar definitivamente el oficio. Sorprende, no obstante, que el suizo se empeñe en fortificarse con los restos de su desdicha: “siempre he sido una persona muy infeliz y por tanto muy feliz, y así seguiré. [...] Vine al mundo muy enfermo, lo cual tiene la ventaja de que no se me puede herir, enfermar”<sup>15</sup>. Su frustración desea convertirse en una extraña forma de victoria: “Oh, cómo relucen de perfección los errores y qué aroma a seductora maestría exhalan los fracasos, y cómo todo lo que parece correcto es incorrecto y qué verdad hay en todo lo falso, y qué banal es lo importante y cuán en serio se toman las banalidades, y así ha de ser, pues está en nuestra naturaleza. Yo mismo lanzo al aire mis miembros de vez en cuando, como si fuera un robot”<sup>16</sup>. Sin duda, la ironía es también el rodeo de un dolor.

“Durante un tiempo me tuvieron aquí por un demente y, cuando yo pasaba, decían en voz alta en nuestros soportales: debería estar en un manicomio”, escribe a Therese Breitbach, en octubre de 1925<sup>17</sup>. En efecto, arruinado, en 1929 fue ingresado finalmente por sus propios parientes en el hospicio bernés de Waldau, en calidad de enfermo mental. Carl Seelig, uno de sus pocos amigos, generoso mecenas que nunca logró convencer al artista de la voluntad de su ayuda, cuenta que su hermana Lisa lo acompañó hasta la entrada del centro y, a la pregunta de Robert sobre si estaban haciendo lo correcto, ella respondió con un elocuente silencio. En junio de 1933 pasó al sanatorio y hogar cantonal de Appenzell-Ausserhoden, en Herisau. Recluido, trató de componer algo, sobre todo poemas y artículos para la prensa, pero pronto optó por la mudez absoluta. “Sorprende la perseverancia con la que prosiguió su actividad literaria hasta la fecha de su internamiento en Waldau”, admite Werner Morlang<sup>18</sup>. Sorprende más todavía que en el curso de su estancia en este recinto prosiguiera su literatura, si bien por medio de un soporte nuevo y atípico en la historia de las letras.

Walser optó por seguir escribiendo, y con una más acusada inclinación por lo misceláneo, sobre un soporte nada convencional pero diverso y doméstico: anuncios impresos por una sola cara; recortes de revistas y libros; sobres, tarjetas y papel de carta sacado de su correspondencia privada y comercial; galeradas; papel de desecho; etc., que luego tijereteaba en un

<sup>15</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas II*, p. 62.

<sup>16</sup> Ídem, p. 107.

<sup>17</sup> MORLANG, Werner, *Epílogo* en: WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas I*, p. 331.

<sup>18</sup> Ídem.

formato rectangular. Sobre estos pedazos escribía con una caligrafía minúscula y cifrada, en una “minimalización radical de la letra”, y con una ilación desenfadada “de ocurrencias y asociaciones a la que pone término más bien con el final de una hoja que con la rigidez de una ley formal”<sup>19</sup>.

En una carta a Max Rychner, de junio de 1925, el autor de *Los hermanos Tanner* confiesa que hubo un momento en el que se encontró “preso de una espantosa aversión por la pluma” que lo aturdió hasta una sensación inexplicable de torpeza. Fue entonces en que, para salir del estancamiento, se puso a “jugar con el lápiz, a esbozar, a garabatear. [...] el placer de escribir, entonces, volvía a tomar vida. Puedo asegurarnos que con la pluma (eso había comenzado en Berlín), he vivido una verdadera quiebra de mi mano, una suerte de colapso, de calambre, del que el método del lápiz me ha liberado con dificultades, lentamente. [...] es volviendo a copiar lo que había escrito a lápiz como pude volver a aprender a escribir, como un chiquillo”<sup>20</sup>. Es justamente en este placer solitario donde se consume su despedida del mundo y, en cierto modo, de los lectores, al elegir una forma críptica, que ha costado tanto tiempo esclarecer y que “muestra, además, una clara tendencia a la negación comunicativa”<sup>21</sup>.

De hecho, su escritura desinteresada parece replegada hasta la ligereza y la arbitrariedad de un hábito privado, perezosamente hogareño: “Por lo general, antes de ponerme a escribir, me enfundo primero una bata de prosas breves”, dice uno de sus microgramas<sup>22</sup>. Hasta que, al fin, Walser termina persuadiéndose a sí mismo de la mayor importancia de vivir y mirar que de guardar algo con palabras, puesto que, para él, una “fuente de ideas es la posesión más valiosa del mundo. Trasladar o no las ideas al papel carece de importancia. Lo esencial es que todo cuanto se nos ocurre nos estimula”<sup>23</sup>. La soberanía de su actividad se encuentra, entonces, ya preparada para la

<sup>19</sup> MORLANG, Werner, *Epílogo* en: WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas I*, pp. 326, 327 y 328. “El comienzo de la micrografía walsleriana se sitúa antes de 1920. [...] El conjunto fue descubierto en una vieja caja de zapatos que, ya en 1937, había sido enviada por Lisa, la hermana más querida de Walser, a Carl Seelig, amigo y futuro tutor del poeta, que no supo muy bien calibrar lo que tenía en sus manos, pues se vio incapaz de descifrar aquella endiablada escritura. Un joven germanista, Jochen Greven, futuro editor de las *Obras completas* de Walser, demostró ya en 1972, cuando transcribió dos importantes series, que estos escritos eran perfectamente descifrables. Los denominó ‘microgramas’ y fueron necesarios veinte años para verlos publicados.” (José Luna Borge, “Los microgramas de Robert Walser”, p. 34) Como es conocido, la editorial española Siruela se ha encargado de la difusión de la obra walsleriana, y también, en los últimos años, de estos microgramas agrupados en tres volúmenes.

<sup>20</sup> Citado por LUNA BORGE, José, *Los microgramas de Robert Walser*, p. 35.

<sup>21</sup> MORLANG, Werner, “Epílogo” en: WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas I...*, p. 323.

<sup>22</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz. Microgramas I*, p. 86.

<sup>23</sup> Ídem, p. 62.



partida. La ausencia que tiene su antelación en el sentimiento de banalidad de todo esfuerzo acometido y de toda cólera pasada: “cómo me ha atormentado ‘ser algo’. Cuando no soy ‘nada’ soy mucho”, dice definitivamente<sup>24</sup>. Toda su escritura, no sólo emulando su pasear sino también siguiendo el trazo de su retirada, queda como un prolongado esfuerzo de desaparición, de autodestrucción en cierto modo. Walser se ha perdido de nuestra vista ente los árboles.

El dominio que en realidad el escritor mantiene de su propio trabajo, resulta corroborado por una revelación de Volker Michels que puede sonar inesperada: “todas sus cartas, los diagnósticos médicos de los sanatorios de Waldau y Herisau, las declaraciones que hiciera el propio Walser, sin olvidar las agudas, ingeniosas y graves conversaciones que mantuvo en sus paseos con Carl Seelig entre 1936 y 1955, hacen altamente discutible la supuesta enajenación mental”. “Sabemos que se sometió de mala gana al deseo de su hermana de ingresarlo en el sanatorio de Waldau (1929), y un mes después hizo lo posible para que le dieran el alta cuanto antes para poder seguir trabajando. Sabemos que en 1933 se opuso aún con más insistencia a ser trasladado a Herisau. Sus cartas permiten incluso la conclusión irónico-paradójica de que en el manicomio se comportó con ‘más normalidad’ que lo hiciera en libertad, y de que se tornó conformista y dócil como la mayoría de las llamadas personas libres, y no menos estéril y poco creativo que éstas. Que terminara por conformarse con su destino, no justifica en absoluto su internamiento durante tantos decenios. Pues la voluntad de adaptación de Walser se debe tan sólo a que en el sanatorio podía por lo menos sentirse seguro gracias a los cuidados, y a que ya no estaba expuesto a las frustraciones de un entorno que había provocado su ingreso en el sanatorio. Pocos lo comprendieron tan bien como el octogenario Herman Hesse, quien dijo: ‘Tenía derecho a que el mundo le importara un comino’.”<sup>25</sup>

“No pido más. En el sanatorio tengo la paz que necesito. Que los jóvenes hagan ruido ahora. Lo que me conviene es desaparecer, llamando la atención lo menos posible”, dijo Robert a Seelig, quien lo visitaba frecuentemente y con quien solía pasear por los alrededores de la casa de salud<sup>26</sup>. Justamente, gracias al esmero y la lealtad de Seelig, debemos los lectores el atesoramiento del legado walseriano, la preservación tenaz de las huellas de un paso fugaz.

<sup>24</sup> Citado por LUNA BORGE, José, *Los microgramas de...*, p. 39.

<sup>25</sup> “Epílogo”, en: WALSER, Robert, *Historias de amor*, trad. Juan de Sola Llovet, Siruela, Madrid, 2003, p. 209.

<sup>26</sup> SEELING, Carl, *Paseos con Robert Walser*, trad. Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 2000, p. 45.

## Un itinerario ondulante

Sus páginas deben contemplarse, pues, como se contemplan sus pasos. Volubles, andariegos, guiados por un interés disperso que igualmente desvía con gracia la marcha de la prosa. En sus escasas novelas conservadas, a menudo son más importantes las pausas contemplativas y las bifurcaciones de la curiosidad, que el despliegue de la trama. No responden verdaderamente a la concentración de un creador obsesionado con la estructura de su historia. Por lo que cabría anteponer al análisis la siguiente interrogante: ¿Qué sustrae a Walser de la confortabilidad de la quietud? ¿Qué le lleva irresistiblemente a ponerse de pie, coger su sombrero, tomar el paraguas y encender un cigarrillo mirando en lontananza? “En mi interior mora una extraña energía que me impulsa a conocer la vida a fondo, y un deseo indomable de aguijonear a la gente y a las cosas para que se me revelen”<sup>27</sup>, contesta. “Soy dueño de un enorme capital de fuerza amorosa, y cada vez que salgo a la calle termino por coger cariño a alguna cosa, a alguna persona”<sup>28</sup>, añade. En sus textos, Walser habla por sí mismo como narrador, pero igualmente a través de sus personajes, ficticios delegados de su propia personalidad<sup>29</sup>. En estas voces resuena una viva sensibilidad por aquello que lo circunda, por las cosas que aguardan infaliblemente en el camino.

Los pies de sus actores se alejan con terror de la fijeza; en sus ojos reluce el destello de las distancias, la llamada del sendero. Una de sus *Historias de amor* fabula candorosamente esta inquietud perpetua: “El muchacho se quedó algún tiempo, y algún tiempo le gustó la vida en casa de la dulce, amable y augusta hada. Pero pronto se despertaron en su pecho las ansias de seguir caminando. Entristecía y se notaba como petrificado. Echaba de menos el camino. / –¿Qué te ocurre? ¿Acaso ya no estás a gusto aquí conmigo? – preguntó la mujer al joven, que estaba alterado. / Pero él no contestó, sino que miró por la ventana al horizonte azulado, verdoso, donde a su juicio residía el placer de la existencia. [...] Quiero... debo irme. Tengo que proseguir mi viaje por el ancho mundo. Aquí me voy a morir, lo presiento. Tengo que estirar las piernas. Tengo que respirar el aire de los caminos, y por muy mala que sea la comida, prefiero comer en fondas miserables que aquí, en este

<sup>27</sup> WALSER, Robert, *Jakob von Gunten*, trad. Juan José del Solar, Siruela, Madrid, 2000, p. 89.

<sup>28</sup> WALSER, Robert, *Historias de...*, p. 197.

<sup>29</sup> Sobre uno de sus varios alter-egos, en *Vida de poeta*, escribe: “Érase una vez un talento que se pasaba días enteros en su habitación, mirando por las ventanas y haciéndose el perezoso. El talento sabía que era un talento y este saber absurdo e inútil le daba que pensar todo el día.” (Citado por MARTÍNEZ-CONDE, Ricardo, *Robert Walser, el paseante espiritual*, en: revista *Clarín*, n. 63, Oviedo, 2006, p. 46).

precioso castillo donde me siento inútil. Deje que me vaya y le agradezca todas las atenciones que me ha dispensado. / Así, sin tacto, habló el muchacho; y sin prestar atención a cuanto el hada le decía, se marchó; y mientras se marchaba, en voz alta, viva y alegre, dedicó una canción de muchachos al hermoso y cálido mundo. Se esfumó, y el hada lo perdió de vista para siempre.”<sup>30</sup>

La sabiduría del camino que se colige de esta parábola centra la dicha humana no en la consumación o el éxito, como tercamente insistimos los hijos de la sociedad del éxito, mediático e inmediato. Bajo la conciencia de la irrefutable imperfección terrestre y de la inmensidad de las ilusiones, la felicidad no puede situarse en la cúspide de realización alguna. El mortal es un ser ávido, incontentable. Como dice Octavio Paz, “el hombre no es el que es sino el que quiere ser”, y por ello está en constante movimiento. Existir para el humano es estar más allá de sí mismo. Su vida es búsqueda; una tensión perenne que hace hostil la instalación y la conformación, que siempre abrirá la ventana y dejará entrar, liviana y ágil, la brisa del *más allá*.

Unos versos de sus *Microgramas* solemnizan estas alegrías de lo inconcluso: “en los cálidos / brazos de la pobreza / soy rico, y rodeado de la Nada / empiezo a ser adinerado, / pues los inicios son toda una riqueza; / hagamos de manera que el dorado / principio no nos deje nunca. / Lo mismo hay belleza en perder que en olvidar. Lo que tuviste, lo tienes / porque quisieras tenerlo. / Quien no tiene carencias / carece de todo. La completud / es una forma de podredumbre”<sup>31</sup>. Por ello, como cuenta en otra parte, “a los ángeles les pasa eso: les cuesta ser felices”<sup>32</sup>

Conducta que desconcierta a la mentalidad productivista, que incluso atosiga los talentos con los apuros de una fama reducida a visibilidad y abundancia contable. Unas palabras del escocés Robert Louis Stevenson, que vivió en la segunda mitad del siglo XIX, anticipan las excusas de Robert Walser: “No llevar la cuenta del tiempo durante toda una vida, iba a decir, es vivir para siempre. [...] ¡Y todos esos necios peregrinos llevarían con ellos su desgracia en un reloj de bolsillo! [...] “Aunque despojéis a un hombre codicioso de todos sus tesoros”, dice Milton, “le queda una joya: no le podéis despojar de su codicia”. Lo mismo diría yo de un hombre de negocios moderno, podéis hacer por él lo que queráis, llevarlo al Edén, darle el elixir de la vida, que aún

<sup>30</sup> WALSER, Robert Walser, *Historias de...*, p. 34-35.

<sup>31</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz, Microgramas I*, p. 273.

<sup>32</sup> WALSER, Walser, *Escrito a lápiz, Microgramas II*, p. 240.

albergará un fallo en su interior, aún tiene sus costumbres laborales. [“Pensando feliz”] es una frase que puede dejar perplejo a un pobre moderno, rodeado por los cuatro costados por relojes y campanas, y asediado, incluso por la noche, por las virulentas esferas de los relojes. Pues estamos todos tan atareados, y tenemos tantos proyectos lejanos que realizar, y castillos en el aire que convertir en mansiones sólidas y habitables sobre suelo de grava, que no tenemos tiempo para viajes de placer al País del Pensamiento o por las Colinas de lo Irreal. [...] Tenemos tanta prisa por hacer, por escribir, por adquirir velocidad, por hacer nuestra voz audible un momento en el desdeñoso silencio de la eternidad, que nos olvidamos de una cosa, de la que esas otras cosas sólo forman parte, es decir, de vivir.”<sup>33</sup>. Más de una vez habla el suizo de las servidumbres de la propiedad y los lazos de la acumulación. Amenaza de deterioro para un individuo que detesta la estatua y prefiere el movimiento.

“La vida es breve cuando se desconfía, pero larga si se confía —dice el propio Walser—. Cada día es un cumpleaños para nosotros. [...] Lo encontraríamos todo maravilloso si fuéramos capaces de sentirlo todo”, anota en *Los hermanos Tanner*<sup>34</sup> con una gratitud festiva que, escuchada en alguna calle moderna, podría provenir de algún loco descamisado e inofensivo. Celebración del existir desbordada en otras frases como ésta: “Tengo la sensación de que los días me los regala algún dios bonachón que se complace en tirarle algo a un haragán. [...] Los tiempos venideros me castigarán por esta gandulería, ya que los pasados no lo han hecho. Creo, sin embargo, que así le soy grato a mi Dios. Dios ama a la gente feliz y odia a los tristes”<sup>35</sup>.

La Europa de inicios del siglo XX había radicalizado el proceso de racionalización, burocratización y funcionalismo emprendido por la Ilustración. A la seriedad y la premura que lubrican esta gigantesca maquinaria; a la dimensión misteriosa, irracional y monstruosa que el cuento de Edgar Allan Poe “El hombre de la multitud” adjudica a las metrópolis; Walser contrapone el gesto de la pausa y el festejo. Mientras los demás se apresuran en hacer y fabricar, él levanta su mirada soberana para enternecerse en la captación de lo cercano. “Hay que ver cómo mantenemos la atención en todas partes —dice—. Algunos podrán decir que es terriblemente cansado, pero es justamente lo contrario. Prestar atención resulta sumamente refrescante. Es la falta de atención lo que consume”<sup>36</sup>. En este rebelde además,

<sup>33</sup> WALSER, Robert, *Memoria para el olvido*, trad. Ismael Attrache, Siruela, Madrid, 2005, pp. 142 y 144.

<sup>34</sup> WALSER, Robert, *Los hermanos Tanner*, trad. Juan José del Solar, Siruela, Madrid, 2000, p. 78 y 82.

<sup>35</sup> Ídem, p. 126.

<sup>36</sup> WALSER, Robert, *El bandido*, trad. Juan de Sola Llovet, Siruela, Madrid, 2004, p. 21.

se resiste a que el sistema tome su espíritu para empaquetarlo en el último tramo de una cadena de montaje. Así anticipa, de paso, los síntomas de fatiga general tan comunes a los días posteriores a la Primera Guerra Mundial<sup>37</sup>, que se recogen en el arte y la literatura desencantados de los años veinte y treinta, a la sombra del terrible pregón de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. Que estallan en el mismo movimiento surrealista.

“Sí, sin duda existe en el mundo eso que llaman progreso —comenta en *Jakob von Gunten*—, pero no es sino una de las numerosas mentiras divulgadas por los hombres de negocios para poderle exprimir dinero a la masa con mayor cinismo y desparpajo. La masa es el esclavo de nuestro tiempo, y el individuo, el esclavo de la grandiosa idea de masa. Ya no hay nada bello ni excelente. Lo bello, lo bueno y lo justo has de soñarlo tú mismo. [...] ¡Sólo el dinero no se ha echado a perder, todo el resto sí! Todo, absolutamente todo está corrompido, demediado, desprovisto de gracia y esplendor. Nuestras ciudades desaparecen irrevocablemente de la corteza terrestre. Grandes moles ocupan el espacio reservado antes a casas y palacios principescos”<sup>38</sup>, lamenta el suizo. Un vibrátil fondo de humanidad se niega a claudicar y repudia la mediocridad de una civilización inhumana cuyas reglas la ensoñación pareciera conculcar.

Aunque Walser no puede negar que necesita materialmente hacerse un lugar, el obstinado fiasco de su carrera literaria le obliga a desaprobar con mayor severidad las aspiraciones laborales y las jerarquías de un orden mercantilizado que él ve cada vez más ajeno. “Los que se esfuerzan por tener éxito en el mundo —dice— se asemejan terriblemente unos a otros. Todos tienen la misma cara. [...] es el desasosiego, creo yo, lo que domina a esa gente. Se desentienen rápidamente de las cosas y personas conocidas, sólo para poder atender, al minuto siguiente, aquellas novedades que también parecen exigir su atención. [...] Y nunca parecen hallarse enteramente a gusto. ¿Cómo podría sentirse a gusto alguien que da importancia a las distinciones y testimonios de admiración del mundo? Y luego, creo yo, este tipo de personajes, que no son ya criaturas naturales, sino seres sociales, husmean siempre algún posible sucesor a sus espaldas. Cada cual siente al siniestro

<sup>37</sup> Llama la atención este comentario del escritor: “Uno se ríe hasta que le toca ponerse serio. Puede que en la década de 1910 todos nos riéramos demasiado. Pero tampoco vamos a sentirnos culpables, de poco serviría. El buen humor y la alegría que causa ayudar suscitan cosas mejores que las ideas melancólicas.” (*Escrito a lápiz. Microgramas I*, p. 54)

<sup>38</sup> Ídem.

usurpador que caerá por sorpresa, al furtivo ladrón que llegará a hurtadillas y provisto de algún nuevo talento, a sembrar en torno suyo toda clase de desprestigios y calamidades”<sup>39</sup>.

El revés y la postergación quedan igualmente justificados en la expresión de otro de sus protagonistas: “Mi pequeño conquistador, ya verás cómo en el mundo, en ese mundo de fuera, cuando ejerzas tu profesión y aspire y luches, ya verás cómo se te abrirán bostezantes océanos de aburrimiento, vacío y soledad. Quédate aquí. Cultiva un poquito más tu nostalgia. No puedes imaginarte qué felicidad, qué grandeza hay en la nostalgia, es decir, en la espera.”<sup>40</sup> Y uno se queda persuadidamente detenido más acá de la angustia profesional, en los amables aledaños donde la hospitalidad de Walser sale al encuentro: “es en lo cotidiano donde residen las verdades auténticas”<sup>41</sup>. “La verdadera belleza, la belleza de la vida cotidiana, se revela del modo más delicado en la pobreza y en la sencillez”<sup>42</sup>. Es preciso deshacernos del asco a lo prosaico, abrir los ojos, aceptar gozosamente las deformidades de la cotidianidad, pues “si no hubiera defectos ni malas costumbres, al mundo le faltaría encanto, calor y riqueza”<sup>43</sup>.

“Los escritores no deben considerarse grandes por el hecho de arrimarse a lo grandioso —concluye Robert—, sino más bien deben intentar ser significativos en las pequeñeces [...] hay que aprender a hablar bellamente sobre el objeto más ínfimo, lo que sería mejor que expresarse pobrementemente sobre un pretexto abundante”<sup>44</sup>. Para Canetti, esta “profunda e instintiva aversión por cualquier tipo de *altura*, de elevación o de pretensión, lo convierte en uno de los poetas esenciales de nuestra época henchida de poder”<sup>45</sup>.

## El divino holgazán

El caminante Walser no se extravía entre los elementos de una avenida. Una distancia, la de la confrontación, lo aparta de los cuerpos de alrededor. “Todo el que sufre se vuelve observador”, dice Julio Ramón Ribeyro en uno de sus cuentos<sup>46</sup>. Como se sabe, el estatus de la marginalidad suele desarrollar

<sup>39</sup> WALSER, Robert, *Jakob von...*, p. 90.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>42</sup> SEELIG, Carl, *Paseos con...*, p. 59.

<sup>43</sup> WALSER, Robert, *Jakob...*, p. 100.

<sup>44</sup> WALSER, Robert, *La rosa*, trad. Juan José del Solar, Siruela, Madrid, 1998, p. 51.

<sup>45</sup> Citado por AMARA, Luigi, *Robert Walser o la escritura...*, p. 72.

la actitud contemplativa, la tenacidad de las descripciones. Dice Pessoa, “ver es estar distante. Ver claro es detenerse. Analizar es ser extranjero”<sup>47</sup>. El talante errabundo de Walser, su desolación afectiva incluso, desarrollan en su mirada, exenta de implicaciones, la observación acuciosa del *flâneur*, la célebre figura urbana singularizada por *El esplín de París* de Baudelaire. Dice el suizo: “En el fondo, soy un hombre muy sencillo y lo más probable es que lo siga siendo. La insensibilidad, como el amor, es hermosa y fea a un tiempo; en todo caso, el que no ama ve más claro”<sup>48</sup>.

En general, la vida citadina recibe de Walser los juicios más rigurosos, que reservan para lo campestre los beneficios de la soledad y la libertad. Más allá del cemento empieza un exilio de tranquilidad y poesía, el *locus amoenus* horaciano donde nadie es infeliz. “En la ciudad —sentencia— la religión es menos bella que en el campo, donde viven campesinos cuya forma de vida tiene algo de profundamente religioso de por sí. En la ciudad la religión se asemeja a una máquina, que es un objeto feo; en el campo, en cambio, cada uno tiene la sensación de que la fe en Dios es equiparable a un trébol florido, a un prado extenso y lujurante, o a la fabulosa redondez de ciertas colinas ligeramente curvadas en cuya cima hay una casa oculta, con seres silenciosos para quienes la meditación es una amiga. No sé, pero me parece que en la ciudad el pastor vive demasiado cerca del especulador bursátil y del artista descreído. La fe en Dios carece, en la ciudad, de la debida distancia. La religión tiene allí muy poco cielo y muy poco olor a tierra. [...] la religión es amor a la vida, apego profundo a la tierra, alegría del instante, confianza en la belleza, fe en el ser humano, despreocupación al compartir la mesa con amigos, gusto por la reflexión y conciencia de no ser responsable de las desgracias, es sonreír a la muerte y afrontar con valor cualquier tipo de empresa que nos proponga la vida”<sup>49</sup>.

En esta coloración arcádica, la obra walseriana extiende una larga estela literaria: la tradición pastoril que se remonta a la Antigüedad clásica y cobra un nuevo impulso —a menudo platonizante— en la cultura renacentista.

<sup>46</sup> WALSER, Robert, *Alienación*, en: *Cuentos completos*, Alfaguara, Madrid, 1994.

<sup>47</sup> WALSER, Robert, *Libro del desasosiego*, trad. Perfecto E. Cuadrado, Acanalado, Barcelona, 2002, p. 100.

<sup>48</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz: Microgramas I*, p. 131. Añade, luego: “Uno se porta bien cuando no quiere a nadie, pues entonces presta atención a todo el mundo” (p. 238).

<sup>49</sup> WALSER, Robert, *Los hermanos...*, p. 214. No obstante, como puede leerse particularmente en *Jakob von Gunten*, no hay en Walser un unívoco desprecio por lo urbano. También las calles, los parques, las tiendas y las multitudes despiden poesía. Pero es una poesía añadida por la mirada curiosa y detenida, educada en el ocio bucólico.

Pero quizá sea más visible en las páginas del suizo el oleaje de una corriente más próxima en el tiempo y en la cualidad: el romanticismo europeo<sup>50</sup>.

La expansión napoleónica había encendido las devociones nacionalistas como resistencia al imperio. Pero también generó una aversión hacia los modelos que el ejército francés propagaba: centralización administrativa, inflación institucional y totalización de la cultura bajo el régimen de las ciencias positivas. Ideales diurnos que suscitaban por reacción el disperso interés por lo relegado y proscrito. De ahí el afán provocador en aquellas indagaciones que ubicaron en los sustratos irracionales de lo humano la verdadera sustancia, lo recóndito que encierra un universo más acogedor. Tal tensión destaca en esa enfática exposición de lo real que es todo extremo. Por ejemplo, el extremo de la sociedad victoriana que alentó una proliferación de los géneros policial y erótico que con variable atrevimiento arriesgaron en la transgresión y la anormalidad. Herencia de tal polaridad es *El amante de Lady Chatterley*, que no está demasiado lejos del sentimiento walseriano, conforme D. H. Lawrence sitúa en el bosque el antagonismo de una urbanidad maquinal y conservadora. Es en el interior de la naturaleza intacta y salvaje donde Connie —versión menos trágica de Madame Bovary, igualmente tentada por la exploración más allá de la vacía cordura— obtiene la reconciliación y la plenitud. La emancipación del artificio, la farsa y el dinero.

“El guardabosque bajó del promontorio —dice uno de sus capítulos—, penetrando de nuevo en la oscuridad y el aislamiento del bosque. Pero sabía que el aislamiento del bosque era ilusorio. Los ruidos industriales quebrantaban la soledad, y las fuertes luces, pese a que allí no se veían, se burlaban de ella. Ya no cabía la posibilidad de que un hombre viviera solo su vida, apartado. El mundo no permitía la existencia de ermitaños. [...] La mujer no tenía la culpa, ni tampoco el amor o la sexualidad. La culpa estaba allí fuera, en aquellas

<sup>50</sup> En una de las sabrosas contradicciones de su *corpus*, Walser, esbozando uno de los numerosos alter-egos de su ficción, anota por un lado: “En sus años mozos había soñado con cosas mucho más elevadas de lo que el destino, este importantísimo acontecer, le permitía desempeñar en la actualidad. A causa de su originalidad, que lo transportaba en pensamientos a esa época en la que aún había héroes, Hans no había logrado más que hacerse un hueco entre el funcionamiento, esto es, entre los interinos. Pero parecía que se estaba acostumbrando poco a poco. Ganghofer [Ludwig Ganghofer (1855-1920: escritor alemán famoso sobre todo por sus novelas rurales, en las que retrataba idílicamente la vida alpina’, N. del T.)] había sido y siguió siendo su escritor favorito, y su ocupación favorita consistía en creerse un romántico.” (*Escrito a lápiz, Microgramas I*, p. 144.) Pero, como volviendo la mirada hacia atrás en sus paseos con Carl Seelig, de pronto reflexiona en otro lado: “Si volviera a tener treinta años, no volvería a escribir sin objeto, como un muchachuelo romántico, solitario y despreocupado. No se puede negar la sociedad. Hay que vivir en ella y luchar por ella o contra ella. Ése es el defecto de mis novelas. Son demasiado extravagantes y demasiado reflexivas, y su composición es a menudo demasiado descuidada. Envuelto en la legitimidad artística, me dediqué simplemente a improvisar.” (*Paseos con Robert Walser*, p. 16-17)



malignas luces eléctricas y en el diabólico sonido de las máquinas. Estaba allí, en la mecánica codicia, en el codicioso mecanismo y en la mecanizada codicia, con el destello de las luces y el torrente de metal fundido y en el rugido del tránsito; allí se encontraba la vasta realidad maligna, siempre dispuesta a destruir cuanto no se plegara a ella. Pronto destruiría el bosque y las campánulas no volverían a florecer. Todas las cosas vulnerables perecerían bajo el hierro que rodaba y corría avasallador”<sup>51</sup>.

Sin la energía intelectual de las tesis de Lawrence, Walser se extiende en el contraste entre lo rural y lo urbano, boceteando aquí y allá observaciones de interés social o psicológico que no tienen, repito, ambición sistemática alguna. Véase este pasaje de *Los hermanos Tanner*: “Ah, en el campo es fácil que dos personas se entiendan bien. Aquí hay una manera más expeditiva de liberarse de todos los tapujos y recelos, y una forma de amar más diáfana y jovial que en la ciudad, congestionada y llena de gente que se hostiga y preocupaciones cotidianas. En el campo hasta el más pobre tiene menos preocupaciones que quien, siendo mucho menos pobre, vive en la ciudad; pues allí todo se mide por lo que hace y dice la gente, mientras que aquí la preocupación sigue preocupando en silencio y el dolor encuentra en otros dolores su ocaso natural. En la ciudad todos luchan por enriquecerse, de ahí que tantos se sientan terriblemente pobres; en el campo, en cambio, el pobre no se ve herido —al menos en general— por esa confrontación permanente con la riqueza. [...] El deseo de poseer casa propia tiene, en el campo, raíces muy profundas y llega hasta Dios. Pues aquí, bajo el cielo ancho e ilimitado, es una delicia poseer una casa bonita y espaciosa. No ocurre lo mismo en la ciudad. Allí, el arribista enriquecido puede vivir junto al conde de rancio abolengo: sí, el dinero puede derribar mansiones y edificios antiguos y sagrados a su antojo. ¿Quién desea tener casa propia en la ciudad? Allí es un simple negocio, no un motivo de orgullo o de alegría”<sup>52</sup>.

Es interesante verificar ecos de esta actitud observadora en otros libros y autores que partieron de su época. Por ejemplo, cierta presencia walseriana en la nostalgia de los andares de Ulrich, en *El hombre sin atributos* de Robert Musil: “Se detuvo unos instantes ante un charco que le interrumpió el camino. Quizá fue aquella balsa a sus pies, y quizá los árboles de sus lados, pelados como escobas, lo que hechizó de repente la calle y la ciudad, y lo que le introdujo en la monotonía del alma, vacilante entre plenitud y futilidad, que

<sup>51</sup> LAWRENCE, D.H., *El amante de Lady Chatterley*, trad. Andrés Bosch, RBA, Barcelona, 2000, p. 127.

<sup>52</sup> WALSER, Robert, *Los hermanos...*, pp. 124-125.

es característica de la vida del campo [...] –“¡Es todo tan simple! –sintió él–. Los sentimientos se adormecen, los pensamientos se separan unos de otros como las nubes después del mal tiempo, y de improviso se abre al alma un cielo ancho y hermoso. Puede ser que, teniendo aquel cielo delante de los ojos, se presente una vaca resplandeciente en medio del camino: he ahí la insistencia del acontecimiento, como si por lo demás no ocurriera nada. Una nube errante puede influir del mismo modo sobre todo el contorno: la hierba se oscurece y, algo después, brilla impregnada de humedad; pero en cuanto al resto, no ha pasado nada; sin embargo, he aquí un viaje, como desde una costa del mar hacia la otra. Un anciano pierde su último diente: este pequeño acontecimiento significa en la vida de todos sus vecinos un incidente al que pueden unir sus recuerdos. Y así, todas las tardes, cuando se impone la calma tras la puesta de sol, los pájaros cantan alrededor del pueblo, y siempre de la misma manera; pero cada vez es algo nuevo, como si el mundo no contase todavía siete días de edad. En el campo –seguía pensando–, los dioses se acercan a los hombres, uno es algo y vive su vida; no obstante, en la ciudad, donde tienen lugar miles de acontecimientos más, nadie es capaz ya de relacionarse con ellos: así comienza la célebre abstracción de la vida”<sup>53</sup>.

En su retiro silvestre, Walser ve con desdén y hasta horror la intrusión de un agente de la civilización, peor aún si se trata de un motor, demonio embozado de metal: “A la gente que va levantando polvo en un rugiente automóvil les muestro siempre mi rostro malo y duro, y no merecen otro mejor. [...] Siempre miro sombrío a las ruedas, al conjunto, y nunca a los ocupantes, a los que desprecio, en modo alguno de forma personal, sino por puro principio; porque no comprendo ni comprenderé nunca que pueda ser un placer pasar así corriendo ante todas las creaciones y objetos que muestra nuestra hermosa Tierra, como si uno se hubiera vuelto loco y tuviera que correr para no desesperarse miserablemente. Amo el ahorro y la moderación y soy contrario en el nombre de Dios en lo más hondo de mi ser a toda prisa y atosigamiento”<sup>54</sup>. A Seelig le contaría en sus últimos años: “pasear sienta mejor que ir en coche. Pronto el hombre no necesitará piernas, si la pereza sigue progresando a este ritmo”<sup>55</sup>.

Una resonancia de este malestar se encuentra en la reacción, aún más exasperada, de un León Bloy. El gran diarista alemán Ernst Jünger reseña con exactitud su posición: “En medio de los enjambres humanos excitados

<sup>53</sup> MUSIL, Robert, *El hombre sin atributos*, trad. José M. Sáenz, Barcelona, Seix Barral, 2004, I, p. 661.

<sup>54</sup> WALSER, Robert, *El paseo*, trad. Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 1997, p. 23.

<sup>55</sup> SEELIG, Carl, *Paseos con...*, p. 118.

por la atmósfera de la gran Exposición Universal de 1900, Bloy vive como un eremita antimoderno. Ve en los automóviles la aparición de unos instrumentos de aniquilación de primer rango. Establece una relación general entre la técnica y la próxima llegada de catástrofes —así, considera que los medios para desplazarse con rapidez, como los motores y las locomotoras, son inventos de un espíritu enderezado hacia la fuga. Dentro de poco, dice, podría ser importante el llegar a toda prisa a otro continente. El 15 de marzo de 1904 utiliza por vez primera el metro; admite que sus catacumbas poseen una cierta belleza, una belleza subterránea, pero añade que esa belleza es también demoniaca. Esa obra despierta en Bloy la impresión de que ha llegado el final de los manantiales y los bosques, de los amaneceres y atardeceres del Paraíso, la impresión de la muerte del alma humana en general”<sup>56</sup>.

Esta calma bucólica a punto de extinción es la que, casi al final del mismo siglo por último, Milan Kundera extraña y elogia en su ensayo *La lentitud*, porque quizá las molestias y los anhelos del suizo se han vuelto aún más entendibles en estos años: “La velocidad es la forma de éxtasis que la revolución técnica ha brindado al hombre. Contrariamente al que va en moto, el que corre a pie está siempre en su cuerpo, permanentemente obligado a pensar en sus ampollas, en su jadeo; cuando corre siente su peso su edad, consciente más que nunca de sí mismo y del tiempo de su vida. Todo cambia cuando el hombre delega la facultad de ser veloz a una máquina [...] ¿Por qué habrá desaparecido el placer de la lentitud? Ay, ¿dónde estarán los paseantes e antaño? ¿Dónde estarán esos héroes holgazanes de las canciones populares, esos vagabundos que vagan de molino en molino y duermen al raso? ¿Habrán desaparecido con los caminos rurales, los prados y los claros, junto con la naturaleza? Un proverbio checo define la dulce ociosidad mediante una metáfora: contemplar las ventanas de Dios”<sup>57</sup>.

Diversos autores sólo para verificar que Walser es muy distinto, pero nada extraño.

<sup>56</sup> JÜNGER, Ernst, *Radiaciones. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, 2, trad. Andrés Sánchez Pascual, Tusquets, Barcelona, 1992, p. 18.

<sup>57</sup> KUNDERA, Milan, *La lentitud*, trad. Beatriz de Moura, Tusquets, Barcelona, 1999, pp. 10 y 11. Leo esta noticia de internet: “Aunque tradicionalmente tejer se ha asociado a las abuelitas y las solteras, en EEUU hacer labores se está poniendo de moda entre las mujeres jóvenes e incluso los hombres, que se suman a esta práctica para desconectar, relajarse y hacer amigos. Se trata de una nueva tendencia en la que también son protagonistas los ‘knitting cafés’, o cafeterías en las que se puede tejer una bufanda mientras se charla y se hacen amistades con una taza de chocolate caliente de por medio o, por qué no, una cerveza. Proliferan en Nueva York, aunque también en otras grandes ciudades de Estados Unidos, y se perfilan como negocios de esparcimiento temático prometedores, a juzgar por el crecimiento de tejedores y de ventas de lana y agujas de tejer de la última década.” (<http://www.elmundo.es/elmundo/2006/01/11/sociedad>).

Aunque sus descripciones no rehúyen los posibles encantos de la ciudad, lo que defiende, en último término, es la preservación del lazo con lo sencillo y primordial. Su devoción por lo natural es dominante, casi una militancia. Pero hay que ver en ella no sólo la literalidad de la mudanza al campo y la disidencia de lo técnico, sino asimismo la metáfora del retorno a lo prístino y espontáneo, a la misteriosa sacralidad del ser tal como nos ha sido dado, para no quedar oprimidos en el traje sofisticado que el hombre se ha ido ajustando a lo largo del último siglo. “El mundo existe desde hace años, y todo es nuevo y no lo es”<sup>58</sup>, murmura el Divino Holgazán.

Llamativo fervor del paseo, una vez más, hoy que la informática nos inmoviliza ante un monitor sobre cuya evanescencia luminosa creemos palpar el relieve del mundo y la irremplazable relación humana, como Ernesto Sabato deplora en su ensayo *La resistencia*. Desde su plácido asilo alpino, Walser aconseja que el contacto con el espacio no pase de la delgada interposición de una suela de zapato; que no nos separe de los árboles, las rocas y los pájaros, un bólide humeante que en la histeria de su velocidad engulla los paisajes y los convierta en astillas, en trazos violentos sin forma ni color. “El mundo es hermoso cuando nos tomamos el trabajo de recorrerlo a pie”, se lee en la novela *El ayudante*<sup>59</sup>. En este relato, uno de sus actores se interna en una aldea. “Hacía buen tiempo y al caminar tuvo la sensación de que todas las cosas lo besaban. Las tiernas hojitas le parecían volar a su encuentro como un enjambre acariciador y policromo. Los transeúntes, gente normal y corriente, parecían tan hermosos que uno sentía ganas de echárseles al cuello. Feliz, paseaba su mirada por todos los jardines y el cielo abierto. ¡Qué pureza y hermosura de esas nubes blancas, frescas! ¡Y aquel azul intenso y tierno! Joseph no había olvidado el desolador incidente que acababa de ocurrirle: lo llevaba en su interior, avergonzado, pero se le había transformado en algo indolentemente doloroso, armoniosamente fatal.”<sup>60</sup>. De pronto, el camino compensa a quien lo homenaja con el bálsamo de la reconciliación y una especie de sobrenatural olvido.

<sup>58</sup> WALSER, Robert, *Escrito a lápiz: Microgramas I*, p. 246.

<sup>59</sup> WALSER, Robert, *El ayudante*, trad. Juan José del Solar, Siruela, Madrid, 2001, p. 20. Enrique Vila-Matas hace un autorizado recuento: “El tema del paseo nace ligero en (William) Hazlitt [*Dar un paseo*], lo mantiene leve su discípulo (Robert Luis) Stevenson [*Excursiones a pie*], se complica y se vuelve pesado con las meditaciones de Rousseau, lo aligera y noveliza increíblemente Robert Wälsler, y W. G. Sebald lo convierte en el género novelístico/ensayístico por excelencia de nuestro siglo. Y es que, como decía Lichtenberg, la tendencia humana de interesarse en minucias ha conducido a grandes cosas.” (“Pasear y pensar”, en *Letras Libres*, México DF, n. 74, febrero 2005, p. 58).

<sup>60</sup> *Ibid.* p. 22.

## Ritualidad del camino

Elias Canetti dilucida este efecto trascendente y reparador en el ánimo del visitante: “Quien esté una vez en el bosque se siente cobijado; no está en su cima, donde crece, tampoco en el lugar de su mayor densidad. Justamente esta densidad es su protección, y la protección está arriba. Así, el bosque se convirtió en modelo del *recogimiento*. Obliga al hombre a alzar la mirada, agradecido por su protección superior. El levantar la vista por tantos troncos se convierte en un mirar más elevado. El bosque anticipa el sentimiento de iglesia, al estar ante Dios entre columnas y pilares. Su expresión más regular y por lo tanto más perfecta es la curvatura de la cúpula, todos los troncos entrelazados en una suprema e inseparable unidad”<sup>61</sup>.

El paseo alcanza entonces la categoría de un culto, del cual se desprenden una ética, una estética y hasta una filosofía. Un extenso fragmento de la obra *El paseo*, que vale la pena transcribir, compila esta religiosidad en una suerte de franco manifiesto: “Pasear me es imprescindible, para animarme y para mantener el contacto con el mundo vivo, sin cuyas sensaciones no podría escribir media letra más ni producir el más leve poema en verso o prosa. [...] Encerrado en casa, me arruinaría y secaría miserablemente. [...] De imágenes y vivas poesías, de hechizos y bellezas naturales bullen a menudo los lindos paseos, por cortos que sean. Naturaleza y costumbres se abren atractivas y encantadoras a los sentidos y ojos del paseante atento, que desde luego tiene que pasear no con los ojos bajos, sino abiertos y despejados, si ha de brotar en él el hermoso sentido y el sereno y noble pensamiento del paseo. Piense cómo el poeta ha de empobrecerse y fracasar de forma lamentable si la hermosa Naturaleza maternal y paternal e infantil no lo refresca una y otra vez con la fuente de lo bueno y lo hermoso. [...] Con supremo cariño y atención ha de estudiar y contemplar el que pasea la más pequeña de las cosas vivas, ya sea un niño, un perro, un mosquito, una mariposa, un gorrión, un gusano, una flor, un hombre, una casa, un árbol, un arbusto, un caracol, un ratón, una nube, una montaña, una hoja o tan sólo un pobre y desechado trozo de papel de escribir, en el que quizá un buen escolar ha escrito sus primeras e inconexas letras. Las cosas más elevadas y las más bajas, las más serias y las más graciosas, le son por igual queridas y bellas y valiosas. [...] tiene que ser siempre capaz de disolverse en la observación y la percepción de las cosas, y ha de postergarse, menospreciarse y olvidarse de sí mismo, sus quejas, necesidades, carencias,

<sup>61</sup> CANETTI, Elias, *Masa y poder*, trad. Horst Vogel, Alianza, Madrid, 2000, p. 98. Cursiva original.

privaciones, como el bravo, servicial y dispuesto al sacrificio soldado en campaña. De otro modo —continúa el autor—, pasea tan sólo con media atención y medio espíritu, y eso no vale nada. Tiene que ser capaz en todo momento de compasión, de identificación y de entusiasmo, y ojalá que lo sea. Tiene que alzarse a elevado arrebatado y hundirse y saber descender a la más profunda y mínima cotidianidad, y probablemente sabe. Pero ese fiel y entregado disolverse y perderse en los objetos y ese celoso amor por todas las manifestaciones y cosas lo hacen feliz, como todo cumplimiento de obligación hace feliz y rico en lo más íntimo a quien tiene una obligación que cumplir. Espíritu, entrega y fidelidad lo satisfacen y elevan sobre su propia e insignificante persona de paseante, que con demasiada frecuencia tiene reputación y mala fama de vagabundo e inútil pérdida de tiempo. [...] Secreta y misteriosamente, siguen al paseante toda clase de hermosos y sutiles pensamientos de paseo, de tal modo que en medio de su celoso y atento caminar tiene que parar, detenerse y escuchar, que está cada vez más arrebatado y confundido por extrañas impresiones y por la hechicera fuerza del espíritu, y tiene la sensación de ir a hundirse de pronto en la tierra o de que ante sus ojos deslumbrados y confusos de pensador y poeta se abre un abismo. La cabeza se le quiere caer, y los por lo demás tan vivos brazos y piernas están como petrificados. Paisaje y gente, sonidos y colores, rostros y figuras, nubes y sol giran como sombras a su alrededor, y ha de preguntarse: “¿Dónde estoy?” Tierra y cielo fluyen y se precipitan de golpe en una niebla relampagueante, brillante, apelotonada, imprecisa; el caos empieza, y los órdenes desaparecen.”<sup>62</sup>.

Con encantadora perspicacia, Stevenson vuelve a nosotros para estipular una condición indispensable del paseo, tan en consonancia con el temperamento walseriano: “Una caminata hay que emprenderla en soledad —indica el escocés—, porque la libertad es esencial; porque uno debería poder parar y seguir, recorrer un camino u otro, dejándose llevar por sus deseos; y porque uno debe seguir su propio paso, y no apretarlo junto al de un caminante consumado, ni pasear lánguidamente junto a una chica. Y además uno debe estar abierto a todas las impresiones y dejar que sus ideas se empapen de lo que ve. Uno debería ser como una flauta en la que toque cualquier viento”<sup>63</sup>.

<sup>62</sup> WALSER, Robert, *El paseo*, pp. 52-56.

<sup>63</sup> WALSER, Robert, *Memoria para...*, p. 138.

El ejercicio recogido y acucioso de la caminata adquiere, en consecuencia, el abolengo de un ritual. Entre sus dones no sólo se debe contar la expectación de la naturaleza y la recolección memoriosa. La mirada se sume en un arrobamiento místico, en una agradecida fusión con el universo; un reposo confiado, infantil, en el regazo de lo primigenio. El paseo es un órgano del alma, un sacramento del espíritu. Un día, discurriendo por la calle de un pueblo a la que nota “celestialmente bella”, el viandante exclama: “Me sentí como si alguien me llamara amorosamente por mi nombre, o como si alguien me besara y consolara. Dios omnipotente, nuestro clemente Señor, salía a la calle para glorificarla y darle celestial belleza. Imaginaciones e ilusiones de todo tipo me hacían creer que Jesucristo había bajado del cielo y caminaba y deambulaba por la amable comarca. Casas, huertos y personas se transformaban en sonidos, todos los objetos parecían haberse transformado en un solo espíritu y una sola ternura. Un dulce velo de plata y niebla espiritual nadaba en todo y se tendía alrededor de todo. El espíritu del mundo se había abierto, y todos los padecimientos, todas las decepciones humanas, todo lo malo, todo lo doloroso parecía esfumarse para no volver más. [...] El futuro palideció, y el pasado se desvaneció. Yo mismo ardía y florecía en ese instante ardiente y floreciente. [...] Tenía ante mí toda la rica Tierra, y sin embargo tan sólo miraba hacia lo más pequeño y más humilde. Con amorosos gestos se alzaba y hundía el cielo. [...] Yo ya no era yo, era otro, y precisamente por eso otra vez yo. A la dulce luz del amor, reconocí o creí deber reconocer que quizá el hombre interior no sea el único que en verdad existe”<sup>64</sup>.

El deleite contemplativo asciende ahora al éxtasis, a un sentimiento a la vez moral y naturalista, en una dulce entrega a la fuente redentora de las cosas. El tiempo se anula, el tumulto de lo humano se suspende y difumina en el recodo de la campiña donde la vida, desembarazada de las servidumbres temporales, se encoge regocijada, como si callara para ingresar en la gran Vida. Una lírica sensación de muerte sobreviene al vagabundo inmerso en el bosque, su capilla. Todo lo cual, visto a lo lejos, evoca la filosofía panteísta de un Spinoza, tan del gusto del romanticismo alemán de fines del siglo XVIII, que prometía la contemplación de la íntima unidad del interior con la totalidad de lo existente.

En *Los hermanos Tanner* se visualiza este mudo desfallecer: “Los abetos estaban tan cargados de nieve que inclinaban majestuosamente hasta el suelo sus poderosas ramas. Como a mitad de subida vio Simon de pronto a un

<sup>64</sup> WALSER, Robert, *El paseo*, pp. 58-59.

hombre joven echado sobre la nieve, en medio del camino. Aún había suficiente claridad en el bosque como para divisar al durmiente. ¿Qué había inducido a ese hombre a acostarse allí, en medio de un frío terrible y en un rincón tan solitario del abetal? Su ancho sombrero le cubría el rostro oblicuamente [...] El hombre yacía inmóvil y la oscuridad empezaba a enseñorearse del bosque. Simon examinó los zapatos y la ropa del individuo. Era un traje de verano de color amarillo claro, sumamente ligero y raído. [...] Alrededor, la nieve no presentaba huellas, lo que hacía suponer que ya llevaba ahí un buen tiempo. La cara y las manos se habían congelado hacía rato, y la ropa estaba adherida al gélido cuerpo. Sebastian debió de haberse desplomado allí, víctima de un cansancio enorme que ya no pudo soportar. Muy robusto nunca había sido. Siempre caminaba algo encorvado, como si no aguantase la posición erguida, como si mantener la espalda y la cabeza rectas le hiciese daño. Al verlo se intuía que no estaba hecho para afrontar la vida y sus frías exigencias. [...] “¡Con qué nobleza ha elegido su tumba! [dijo Simon] Yace en medio de espléndidos abetos verdes, cubiertos de nieve. No quiero avisar a nadie. La naturaleza se inclina a contemplar a su muerto, las estrellas cantan dulcemente en torno a su cabeza y las aves nocturnas graznan: es la mejor música para alguien que ya no tiene oído ni sensaciones. [...] Yacer y congelarse bajo unas ramas de abeto sobre la nieve: ¡qué espléndido reposo!”<sup>65</sup>.

Se cierra el círculo. El paseo por una arboleda es deserción de la ciudad y regreso a la cuna. En esa humilde patria el final se une al principio. El fin se dibuja como una complacida devolución del ser, como la consumación pacífica de una restauración interior, de un reintegrarse al árbol del cual cada gajo se había desasido con un crujido de dolor ahora beatíficamente reparado. Útero y féretro, íntima asociación que se reitera en el siguiente pasaje:

“[Llegué poco después] a un bosque de abetos por el que serpenteaba un por así decirlo sonriente camino, de pícaro encanto, que seguí con placer. El suelo del bosque y el del camino eran como una alfombra, y en el interior del bosque reinaba el silencio como en un alma humana feliz, como en el interior de un templo, como en un palacio y en castillos de cuento hechizados y soñados, como en el castillo de la Bella Durmiente, donde todo duerme y calla desde hace cientos de largos años. Me adentré más en él, y quizá me adorne demasiado si digo que me sentía como un príncipe de dorados cabellos, con el cuerpo recubierto de guerrera armadura. Había tal solemnidad en el bosque que imaginaciones grandiosas y bellas se apoderaban por sí solas del

<sup>65</sup> WALSER, Robert, *Los hermanos...*, pp. 107-109.



sensible paseante. ¡Qué feliz me hacían el dulce silencio y la tranquilidad del bosque! [...] “Oh, con gusto, si ha de ser, quiero acabar y morir. Un recuerdo me hará feliz aun en la tumba, y una gratitud me animará en la Muerte; una acción de gracias por los goces, por la alegría, por el éxtasis; una acción de gracias por la vida y una alegría por la alegría.” Se oyó un ligero susurro que bajaba siseando desde las copas de los abetos. “Amar y besar tendría que ser divino aquí”, me dije. Los pasos descalzos en el suelo agradable se volvieron placer, y el silencio encendía oraciones en el alma sintiente. “Estar muerto aquí, y ser enterrado sin llamar la atención en la fresca tierra del bosque, tendría que ser dulce. ¡Ah, si se pudiera sentir y gozar de la Muerte en la Muerte! Quizá es así. Sería hermoso tener en el bosque una tumba pequeña y tranquila. Quizá oyera el canto de los pájaros y el susurrar del bosque sobre mí. Lo desearía.” Espléndida, una columna de rayos del sol cayó en el bosque entre troncos de encina, pareciéndome una verde y amable sepultura. Pronto volví a salir al aire luminoso y a la vida.”<sup>66</sup>

Como en aquella ciudad-hospicio enclavada en las cumbres alpinas adonde arribaban los desahuciados de la novela de Thomas Mann *La montaña mágica*, o como en los diarios de la poetisa rusa Anna Ajmátova, atormentada por el recuerdo de sobrevivir a su esposo y a su hijo fallecidos bajo el despiadado régimen estalinista, el alejamiento de las urbes hacia la placidez rural infunde un ánimo de soledad, facilitando una panorámica que imprime la sensación de hallarse fuera del mundo, de haber escapado de la historia. Desde tales alturas, el orden humano se empequeñece y el alma suspira y se rescata.

“Contemplando la tierra, el aire y el cielo –dice Walser–, me vino el doloroso e irremisible pensamiento de que era un pobre preso entre el cielo y la tierra, que todos los humanos éramos de este modo míseros presos, que sólo había para todos un tenebroso camino, hacia el hoyo, hacia la tierra, que no había otro camino al otro mundo más que el que pasaba por la tumba. “Así pues todo, todo, toda esta rica vida, los amables y sentenciosos colores, este encanto, esta alegría y este placer de vivir, todas estas humanas importancias, familia, amigo y amante, esta clara y tierna luz llena de bellas y divinas imágenes, las casas paternas y maternas y los dulces y suaves caminos perecerán un día y morirán, el alto sol, la luna, los corazones y los ojos de los hombres.” Pensé largo tiempo en ello, y pedí perdón en silencio a las personas a las que quizá pude haber hecho daño. [...] Me había levantado para irme a casa; porque ya era tarde, y todo estaba oscuro.”<sup>67</sup>

<sup>66</sup> WALSER, Robert, *El paseo*, pp. 32-34.

<sup>67</sup> *Ibid.*, pp. 77-79.

La vieja metáfora del camino atisba su clímax. Ulises se despide de Calypso, relata Homero, renunciando a los regalos de su isla para proseguir su periplo. Amaba la ruta de los mares, pero sólo como conducto de vuelta a su amada Ítaca, que no era el más bello de los lugares, y al cálido hogar donde aguardaba Penélope, no más bella que una diosa. “...Mi esposa / es mujer y mortal – contesta Ulises a los ruegos de la enamorada Calypso–, mientras tú ni envejeces ni mueres. / Mas con todo yo quiero, y es ansia de todos mis días, / el llegar a mi casa y gozar de la luz del regreso.”<sup>68</sup>

Sin embargo, Walser lleva más allá esta célebre imagen, pues él no ve *a través* del sendero sino *en* él mismo. Y en su incierta sinuosidad detecta el destino humano, que tiene una extraña mezcla de inquietud y de calma. En esta vida al menos, nuestro lugar no es ninguna meta, es el andar en sí mismo, en una suerte de satisfecha insatisfacción. “Nunca alcanzaremos la meta, es más que probable que no exista tal lugar”, dice de nuevo Stevenson sumándose a una despedida. Pero eso no importa para los pies incansables que pasan por allí, pues “viajar esperanzado es mejor que llegar”<sup>69</sup>.

## Epílogo

El 25 de diciembre de 1956, en pleno invierno, el perro de una cabaña en el monte, a las afueras del sanatorio de Herisau, ladraba insistentemente. Una madre mandó a sus niños a bajar en el trineo para ver de qué se trataba. Encontraron a un hombre tumbado en la nieve en un paraje solitario. El brazo izquierdo yacía extendido junto al cuerpo, el sombrero estaba fuera de su sitio, la cabeza ligeramente inclinada, la boca abierta como si dejara entrar todavía la helada fragancia de los abetos. Avisaron a Carl Seelig que acudió rápidamente al encuentro de su amigo Robert Walser. È

<sup>68</sup> HOMERO, *Odisea*, trad. Carlos García Gual, Gredos, Madrid, 2000, pp. 215-220, p. 80. En su cuento “La perfección”, Eça de Queiroz pone en boca de su propio Ulises este reproche a Calypso: “mi corazón saciado ya no soporta esta paz, esta dulzura y esta belleza inmortal. Considera, oh Dios, que en ocho años nunca vi el follaje de estos árboles amarillear y caer. Nunca este cielo rutilante se cargó de nubes oscuras. ¡Todas estas flores que brillan en los tallos airosos son las mismas, oh diosa, que admiré y respiré la primera mañana que me mostraste estos prados perpetuos, y hay lirios que odio, con un odio amargo, por la impasibilidad de su albura eterna! Considera, oh diosa, que en tu isla nunca encontré un charco, un tronco podrido, la carcasa de un bicho muerto y cubierto de moscas zumbadoras.” (Trad. María Tecla Portela Carreiro, Siruela y Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2005, pp. 259-260.)

<sup>69</sup> WALSER, Robert, *Memoria para...*, p. 188.